

De *Los Juegos* a *El Reino Vencido*: cuarenta años en la novelística de René Avilés Fabila

Eve Gil

“Lo peor de la mafia es estar fuera de ella”
Comentario realizado durante el homenaje a
RAF, atribuido a ¿Al Capone?

DE SU PRIMERA NOVELA, *Los Juegos*, publicada en 1967¹, siendo un jovencuelo de veintipocos, a la más reciente, *El Reino Vencido*, publicada en el 2006², René Avilés Fabila (RAF) ha demostrado ser un escritor fiel a sus ideales políticos y estéticos, lo cual no significa que no se adviertan signos de madurez en sus trabajos recientes. En el caso específico de RAF, madurez equivale a un fortalecimiento de las ideologías, contrario a lo que suele suceder con la mayoría de los autores cuya novela de juventud exuda *izquierdosismo* (que no izquierdismo, y que, como se denuncia precisamente en *Los Juegos*, es a menudo pura pose), para transparentar tendencias derechistas en la última. Lo cierto es que RAF no se caracteriza por ser un escritor moderado, aunque sea su inmoderación de orden estético y no político (sería patético un intelectual, como hay tantos en nuestro continente, suspendido en la utopía revolucionaria) y de la primera a la última de sus novelas se nos revela como experimentador un tanto voraz.

Los títulos, por cierto, no son para nada gratuitos. *Los Juegos* es una novela lúdica y alude a los desplantes de un grupo de jóvenes artistas que se hacen llamar *El Clan* y para quienes ejercer el papel que de ellos se espera es ni más ni menos eso: un juego. En *Los Juegos* el verdadero protagonista es un afán de corromper el sacrosanto recinto de la novela en México, intención no privativa del entonces casi adolescente René sino abarcadora de sus colegas de la llamada *Literatura de la Onda*. Por sí mismo ese carácter in-

novador era ya digno de aplauso en medio de tanto reciclar formulas caducas de la literatura europea, aunque el afán corruptor de RAF trasgredió la reelaboración del lenguaje para instalarse en la estructura misma de la novela. En el caso específico de *Los Juegos*, puso en práctica un recurso por entonces considerado sacrílego a pesar de que fue con el que se fundó la novela moderna, encarnada en *Don Quijote*: la mezcla de géneros y la alternancia de narradores. En *Los Juegos* se leen fragmentos de obras teatrales, reseñas periodísticas, crónicas, ponencias académicas, rumores, etcétera. A partir de esta novela establece el sendero de este escritor mexicano que hizo de la narrativa un gran laboratorio, un poco a la manera de Ruperto Berriozábal, el infante terrible de *Los Juegos* que no necesita imitar a nadie como no sea a sí mismo.

En *El Reino Vencido*, ya más preocupado por contar una historia que por producir reacciones, RAF nos introduce en el complejo mundo de Emilio Medina Mendoza, que bien podría haber sido el mismo Ruperto Berriozábal cuarenta años después. Emilio, sin embargo, no procede de la aristocracia intelectual sino de una familia clasemediera de Ciudad Jardín. *El Reino Vencido* es, como *Los Juegos*, una vorágine de personajes de toda laya que representan una despiadada crítica al sistema. Leyendo *Los Juegos*, curiosamente, uno no cae en la cuenta de que lee una historia previa al decisivo 68, el cual se perfila en forma un tanto visionaria dentro de la novela, hasta leer que el locutor de moda es Paco Malgesto. Insólito que *Los Juegos* haya sido escrita cuarenta años atrás, en una época en que la libertad de expresión era poco menos que una utopía y los ataques virulentos contra el gobierno, no precisamente cosa de to-



René Avilés Fabila, Bernardo Ruiz y Rubén Bonifaz Nuño

dos los días. Tan no lo era, que RAF se vio forzado a hacer una edición de autor porque ningún editor quiso arriesgar, literalmente, el pellejo. Es, no obstante, la primera obra literaria que demuestra que se puede ser crítico del sistema sin caer en el libelo o en el panfleto. *El Reino Vencido*, también una crítica devastadora contra esa intelectualidad resguardada bajo el ala del poder político, no resulta ya, en ese sentido, tan impactante como en su momento lo fue *Los Juegos*, condenada a circular clandestinamente.

Emilio es, como René, su creador; como Ruperto Berriozábal mismo (de quien René se deslinda al irrumpir inesperadamente como personaje dentro de *Los Juegos*) un asediado novelista, con una horda de envidiosos detractores por un lado y una multitud de suspirantes damas por el otro. Lo que aquí se persigue es mantener el interés del lector desde la primera hasta la última línea y no, como en *Los Juegos*, jugar al gato y al ratón con el morbo del mismo, que puede llegar a desesperarse tratando de descifrar quien se encuentra, por ejemplo, detrás de Rex Cótex o de Bespis, que en lo personal no conseguí ubicar. Porque

es un hecho que todos y cada uno de los personajes que desfilan por *Los Juegos* son no solo reales, sino famosos. Los de *El Reino Vencido* también, con la diferencia de que aquí RAF emplea nombres y apellidos reales. Ambas novelas comparten la virtud de encerrar en sus páginas la historia cultural y política de México, aunque narrada con desenfado y, muy importante, ausencia absoluta de solemnidad. Porque RAF se llena la boca de razón al afirmar: “México es un país solemne, falto del sentido del humor, mientras que la novela, *Los Juegos*, pretendía ir a los extremos de la sátira.” Dicha solemnidad se traduce no sólo en ausencia del sentido del humor, sino en impotencia para atreverse a violar las normas y reinventar el género novelístico: pocos son los narradores mexicanos que no se sienten obligados a “pedir permiso” antes de incurrir en un discurso novedoso. En su primera novela, RAF no tuvo que esforzarse demasiado para recrear un mundo esperpéntico que estaba ya virtualmente escrito para él. *El Reino Vencido*, por su parte, es una novela realista. Tanto, que se impone la necesidad de abrir una ventana a la

fantasía con resultados que sólo un narrador con cuarenta años en el oficio podría ofrecer.

En *Los Juegos*, Berriozábal no deja de ser un infante terrible con disfraz de hombre de mundo. Jamás madura en el transcurso de la narración y, en realidad, eso es lo que el lector no quiere: que madure. Quizá porque su misma inmadurez impide que miremos más allá de sus desproporcionados proyectos literarios que son juegos de niño. No así a Emilio, protagonista de *El Reino Vencido*, en cuya personalidad convergen aspectos tan frívolos como los del propio Berriozábal, con otros profundamente emotivos y hasta filosóficos, como cuando refiere la siempre sangrante ausencia de su padre y la agobiante aunque amada omnisciencia de su madre. Los recuerdos son vertidos con la misma arbitrariedad de la memoria real, por lo que nunca dejaremos de conocer más y más aspectos nuevos de la infancia, la adolescencia, la juventud y la adultez del personaje. Cuando Emilio nos presenta a su “último amor”, en realidad nos depara una sorpresa: no era el último, ni siquiera el penúltimo. Es justo cuando parece que Emilio va a matarse que surgen los personajes más entrañables, como sería el caso de Paco el Calaca, empedernido lector de novelas policíacas que trabaja sólo para costearse su gusto por este tipo de literatura. Los personajes de *Los Juegos* no son entrañables en lo absoluto, y RAF no pretende que lo sean. Son, en cambio, memorables, quizá por representar la suma de lo que su autor ostensiblemente desprecia: el oportunismo, el arribismo, el esnobismo, la avaricia, la vocación sacrificada a la vanidad: “Ochoa, Arica, Goleen y Grill –los mejores escritores de México –son mis grandes amigos, los tuteo, me tutean y me deben varios favores; sin duda el año entrante me los pagarán votando por mí para la beca (...)” (p. 76).

El Reino Vencido, pues, pareciera una novela interminable, pero es, ante todo, la monumental crónica de la fundación de Ciudad Jardín, colonia que adquiere la dimensión mítica de una Comala o de un Macondo (aunque más recuerda a Sodoma y Gomorra). La enseñanza central de esta novela parece ser que la historia no necesariamente tiene que ser escrita por los vencedores, particularmente si los vencidos tienen mejor ortografía y son más guapos. Emilio da fe de su genealogía, de sus vecinos, de los secretos de esos vecinos (se va poniendo buena la cosa...), de sus adulterios, de sus rituales iniciáticos, de sus crímenes, de sus bacanales, de sus arreglos por debajo de la mesa, de sus desvíos financieros y morales... pero sobre todo de la grandeza y posterior decadencia de esta Ciudad Jardín que, como

la Ciudad de México misma “se hizo inmensa, absurda e ilógica, perdió sus misterios y sus encantos, se masificó de manera estúpida y supo perder sus aires románticos y su profunda personalidad.” (p. 275). Emilio Medina Mendoza es memoria de Ciudad Jardín, y si bien expone con indiscreto encanto las intimidades de sus vecinos, muertos la mayoría (por fortuna para RAF), nos habla también de sus propias experiencias, de su transición de niño a adulto y de seductor de barrio a escritor afamado, por lo que estamos también ante una *bildungsroman*, cosa que *Los Juegos* no es, ni remotamente. Los personajes estafalarios de *El Reino...*, en especial las mujeres hermosas y dispuestas a todo— y esto incluye a las mosquitas muertas fanáticas de la preservación del himen, no muy distintas a las putillas intelectualoides de *Los Juegos*—, se suceden vertiginosamente ante nuestros ojos, tornándose paulatinamente irreconocibles por obra y gracia de la pericia narrativa de RAF. Algunos de los personajes que por aquí desfilan, no necesariamente vecinos de Ciudad Jardín, nos son remotamente conocidos: Carlos Bracho, Dionicio Morales, Abigael Bohórquez, María Luisa Mendoza, Elsa Cross (que espero no lea la novela) y hasta el *Flaco* Guzmán, actor de churros sobre ficheras. Pero así como Emilio narra al detalle vergüenzas y desvergüenzas de sus vecinos —artistas, intelectuales, proxenetas, beatas, curas precursores de Marcial Maciel, deportistas, mafiosos, comerciantes y hasta el inefable loquito de barrio—, no tiene piedad ni para consigo mismo, y, como el propio RAF, hace gala de inteligencia valemadrada al mofarse de sí mismo. Ruperto Berriozábal no es capaz de burlarse de sí mismo, pero qué necesidad, si RAF lo hace por él... y lo hace tan bien.

Así pues, mientras Ruperto Berriozábal es un mimado de los dioses, Emilio, siéndolo también, se considera infinitamente desdichado pues, piensa, todo se lo ha tenido que arrebatar al destino, y nos lo dice en un discurso conmovedor y profundo. Pero veamos: a los 60 años, tres matrimonios y una larga hilera de amantes, nuestro Emilio encuentra el verdadero amor (¡ya era hora!) en brazos de una bella, culta, refinada y sensible violinista, obviamente veinteañera, que por si fuera poco, colecciona todos sus libros, usa medias negras como las heroínas de las novelas de Emilio y, casualmente, también las de RAF, y además, ¡además!, lo abruma con regalitos como una casita en San Ángel y un condominio en Acapulco... y sin embargo, buen héroe romántico, Emilio insiste en hacer de esto una tragedia y hasta acaricia el suicidio. Será mi escaso, nulo conocimiento de la naturaleza masculina, lo que



René Avilés Fabila y Juan José Arreola



René Avilés Fabila y Alí Chumacero

me impide entender cómo es posible que tras el desfile de largas y bien torneadas piernas enfundadas en medias negras, Emilio haya optado por desaparecer. ¿Será cierto, como dice aquella canción, que *hasta la belleza cansa*? (No, Emilio no era fan de José José, pero había leído a Nietzsche, que dijo exactamente lo mismo, mucho antes) Pues sí, Emilio sienta cabeza (qué aburrido), aunque, hay que decirlo para no desanimar a sus posibles lectores, transcurrirán cientos y cientos de páginas, cientos y cientos de orgías, cientos de cornudos, de esposas insatisfechas y de prostitutas ingenuas y de intelectuales depravados y de mafiosos patéticos y de misses México y de hermanas de Lilia Prado y de beatas pervertidas y perversas, para que eso suceda.

Así entonces, propongo a los lectores alternar la lectura

de la primera y la más reciente, que no última, novela de René Avilés Fabila. Aquella lo cautivará por su ludismo, su desencantado juvenalismo despojado de ingenuidad y su carácter visionario que la vuelve de una vigencia asombrosa. La segunda porque pule al máximo las fallas estilísticas de la primera y representa algo así como la fiesta de graduación de uno de los más originales y desmadrosos narradores de la reciente literatura mexicana. •

Notas

¹ Reeditada en 2001 por Editorial Nueva Imagen, dentro de la colección Obras Completas del Autor

² Ed. Nueva Imagen, Col. Obras Completas

EVE GIL es novelista, periodista cultural y crítica literaria.